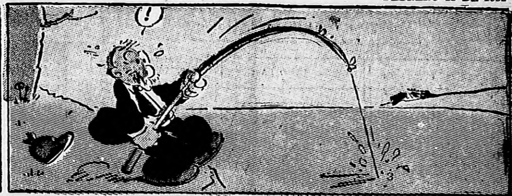
COLOR HISTORIETAS — JORNADA — 2ª SECCION PARA NIÑOS

PAGINA 1 — MAGAZINE COMICO DE "JORNADA" EN MULTICOLOR — FEBRERO 13 DE 1932

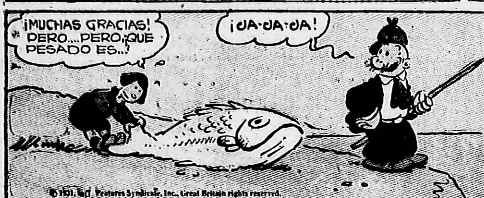














LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI

por SEGAR

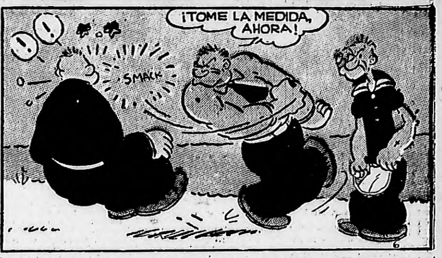


























El nido de Doña Urraca



CUANDO DOÑA URRACA LLEVA A SU NIDO COSAS BRILLANTES, AGRADABLES E INUTILES, NOS DA UNA GRAN LECCION DE PERIODISMO. NOSOTROS LA APROVECHAMOS.

No es una costumbre detestable la de leer en la cama

HE aquí cómo opina Mauricio de Fleury: "Dícese que es una costumbre detestable la de leer en la cama, y confieso que ignoro la causa. Sería mala, seguramente, para un adolescente, cuyo cuerpo no deba adoptar durante el crecimiento actitudes defectuosas, pero no veo inconveniente en que un hombre de 30 años, algo fatigado por la labor diaria, disfrute del benéfico apoyo de la almohada, prolongando durante una hora, en el delicioso abandono de todos sus músculos, el cultivo de su espíritu. En otro tiempo, gracias al defectuoso sistema del alumbrado, era preciso, para leer adoptar una actitud incómoda y torcerse el cuello; pero, gracias a nuestras modernas instalaciones eléctricas, la lámpara inunda con su blanca claridad el libro solo, sin fatigar la vista, dejando toda la habitación en la más suave obscuridad; la nuca descansa de lleno sobre la almohada, y en medio del silencio de la noche, con el cuerpo enteramente extendido, sin ninguna fatiga, sin posición violenta, puede uno deleitarse con alguna obra excelente hasta el momento en que los párpados piden gracia. Con un ligero gesto queda apagada la luz, y se pasa en un sólo instante, sin tener que esperar, de la buena lectura al buen sueño. Dadas las condiciones dichas, yo aconsejo que se lea en la cama".

Un lujoso entierro pasa por la Avenida Corrientes.
—¿De quién es ese entierro? — pregunta un señor a un vigilante.
—De la persona que va en el fúnebre.

* * *

En Africa hay árboles que tienen más de cinco mil años.

* * *

—¿Qué es lo que separa la risa de las lágrimas?
—La nariz.

Las mujeres japonesas encuentran difícil sacarse años

LA mujer japonesa no puede quitarse la edad, porque debe vestirse en conformidad a sus años.

Por ejemplo, no pueden usar alfileres de oro sino hasta los 25 años. Desde ahí usan alfileres de concha de perla, con dibujos dorados. Desde los 40 les usan sin estos adornos.

El calzado también se cambia con la edad.

Suponiendo cierta esta fantasía, el Japón sería un país muy atrasado, puesto que no permitiría a la mujer la libertad más refinada y culta que se le concede: la de esconder la acción devastadora del tiempo.

Reñía un padre a su hijo, diciéndole:
—¡Feo, goloso, mamarracho! ¡No sé a quién diablos te pareces!
—¡A ti, papá! — contestó el chico — ¡Todos me lo dicen!

* * *

Nada refleja tanto el carácter de un hombre como su comportamiento con los tontos. —Amiel.

CONVERSACION





—Perdone, señor. ¿Usted es fotógrafo?
—Aficionado.
—Pero toma retratos, vistas, etc.
—Sí.
—Y ahora, ¿qué toma?
—Tomaría un whisky.
—¿Cómo?
—Con soda.

ARREGLANDO LA COSA

ELLA. — ¿Es cierto que dijo usted que mi cara era como para hacer que un hombre saltara disparando una pared de dos metros de alto?
EL. — ¿Yo?... Pues... ¡Claro! Dije eso... pero naturalmente, en el caso en que el hombre estuviese del otro lado de la pared.

* * *

El que no tiene más voluntad ni más gusto que la voluntad y el gusto ajenos, puede ser tenido por un verdadero esclavo. — Klopstock.

* * *

Un carpintero entra en una tienda a comprar un "metro". Ve algunos de diferentes clases, pregunta los precios y, pareciéndole caros, dice:
—Estoy seguro de que en la tienda de enfrente los encuentro más baratos.
—Es posible — responde el vendedor; — pero es que los nuestros son más largos que los suyos.

La Buena Manera de Excusarse

Frederick Lemaitre, el ilustre actor francés que triunfó sobre todo en el drama romántico, olvidó una noche el papel. Pero con este accidente no tenía nada que ver la falta de memoria que los médicos llaman amnesia, y que al producirse puede paralizar momentáneamente a los mejores actores; la causa de todo era la embriaguez vulgar y degradante. El público que conocía el defecto del actor y que le perdonaba muchas cosas como esta, se enfadó aquel día y le silbó estrepitosamente.

Frederick Lemaitre se incomodó a su vez, y afirmando su insegura marcha se acercó a la batería y gritó con voz formidable:
—¡Sois unos imbéciles!

Dicho esto se retiró con aire altanero, mientras que los espectadores enfurecidos se precipitaban al escenario amenazando linchar al cómico si no pedía perdón.

A fuerza de insistir, el director de escena consiguió que Lemaitre accediera a excusarse, pero como su carácter no le permitía humillarse ante gente que le habían silbado, su mordacidad proverbial le hizo excusarse de este modo:
—Señores, he dicho que sois unos imbéciles. Es cierto; os pido mil perdones; no es así.

El público no comprendió el sentido de estas palabras y aplaudió a rabiar, sin notar que Lemaitre sostenía su afirmación.

* * *

La sangre expelida por el corazón viaja a razón de siete metros por hora o sea un total de 4.299.000 millas durante 70 años de vida.

* * *

—¿Qué le contestaste anoche a Adolfo cuando te preguntó si te querías casar con él?
—Nada. Moví la cabeza.
—¿De arriba a abajo o de derecha a izquierda?

Doña Avestruz Sale de Paseo

Aquí tienen ustedes a doña Avestruz dando un paseito. Es muy posible que esté pensando en sus amigos, los del Jardín Zoológico. Mire usted el dibujo en diferentes sentidos, para ver a cuántos de ellos puede encontrar. Hay nueve, en total. Todos son animales sumamente conocidos.

El juez:
—¿La edad de usted, señora?
—Tengo... tengo... tengo...
—Dése usted prisa, señora. Cada momento que pasa empeora su situación.

* * *

Jorge Stephenson, el mecánico inglés que inventó la locomotora, no empezó a aprender a leer hasta los veinte años.

* * *

En pleno Atlántico, a bordo de un buque:
Un señor que está en su camarote exclama:
—Me parece que está lloviendo.
Una señora mira por la ventana que da al mar, y contesta:
—No lo creo; no veo por ahí ningún paraguas.

* * *

En el Museo Británico de Londres se emplea, cada año, la suma de 123.866 libras esterlinas.

* * *

—Cuando estás furiosa y te miras al espejo, ¿no te asustas?
—Yo nunca estoy furiosa cuando me miro al espejo.

Los herederos de Jorge Washington hacen una reclamación al gobierno

LOS descendientes de Jorge Washington han puesto en un brete al gobierno federal de Estados Unidos, pues le reclaman 10.000 acres de terreno que les legó su antepasado, y que luego, inadvertidamente, el gobierno adjudicó a otras personas.

En estos terrenos están construidas la ciudad de Cincinati y varias otras poblaciones, y están en explotación valiosos pozos de petróleo, lo que hace especial referencia al testamento. El pleito representa algunos centenares de millones, y da bastante que hacer a políticos y abogados.

Sanatorio para Peces

Desde hace mucho tiempo existen en todas partes de Europa clínicas veterinarias para la curación de los perros, de los gatos y aun de los pájaros. Pero, hasta el presente, a nadie se le había ocurrido establecer una clínica para los peces.

La novedad nos llega de N. América. Así lo anuncia "La Nature", añadiendo que en N. York acaba de establecerse un hospital acuario, con un servicio completo de cirugía y de medicina.

La noticia hará, quizás, sonreír; sin embargo, no es ésta una idea extravagante e insustancial.

Por el contrario, tiene gran importancia, si se piensa en la necesidad de repoblar los cursos de los ríos y ciertas regiones de los mares demasiado explotados, donde ciertas especies de peces han desaparecido casi por completo.

En el hospital acuario de N. York se han practicado notables operaciones quirúrgicas y se han llevado a cabo interesantes observaciones. Se ha notado, por ejemplo, que los baños de mar son saludables para los peces de agua no salada, y... viceversa: los peces que viven en el mar y enferman se restablecen prontamente con baños de agua dulce.

* * *

—Señora, usted necesita pasear mucho.
—¡Ay! doctor, yo no me separo de mi gato y el pobrecito no querrá acompañarme.
—Sí, señora; salga usted a pasear por las azoteas.

* * *

La leche de cabra no puede ser contaminada por el bacilo de la tuberculosis y, por lo tanto, es el mejor alimento para los niños a los que se cría con biberón.

* * *

Un mal poeta, paseando con un amigo suyo por la Recoleta, le recitaba algunos versos de su propia cosecha. Viendo el amigo que un sujeto que pasaba junto a ellos bostezaba, dijo al poeta:
—¡Ché, no hables tan alto!

Las mujeres profesionales del corazón destrozado

EN Estados Unidos e Inglaterra tienen las mujeres una profesión muy lucrativa. Se trata de las profesionales del corazón destrozado:

La mujer enamora a un hombre, le obliga a escribirle cartas de amor, se casa con él y, a fuerza de seducciones, de halagos y de celos, le hace insoportable la vida, hasta que el infeliz marido siente la necesidad de la ruptura y acude a los tribunales a pedir el divorcio.

Entonces la mujer manifiesta que el infame le ha destrozado el corazón. El hombre es condenado a una indemnización considerable.

La profesional repite la suerte con otro individuo, y aun consigue a veces dos o tres indemnizaciones en una misma ciudad.

Cuando se desacredita el sistema, muda de residencia la heroína y se va a vivir a otro pueblo, en busca de nuevos destrozadores que sigan destrozándole el corazón.

* * *

Un señor muy elegante dice en una tertulia que no ha encontrado en su vida una mujer fea.
Una señorita le pregunta:
—¿Y a mí, no me encuentra usted fea?
—Usted, señora, es un ángel caído del cielo, sino que cayó de narices.

* * *

Reprobemos sin cesar todo ensueño de teocracia, para no ser inútilmente víctimas de los recelos de la democracia. — MONTALEMBERT.

* * *

El dueño de una quinta sorprende a un chico subido a un árbol y le increpa diciendo:
—¿Qué hace ahí, en mi duraznero?
—Perdone, señor. Me acabo de caer de un aeroplano.

* * *

La aldea de Aumonc, Francia, es, según se dice, el sitio más saludable de Europa. Tiene sólo 40 habitantes, 23 de los cuales son de más de 80 años y uno de más de 100 años.

* * *

—Señor, una limosna a un pobre impedido.
—¿Por qué impedido?
—Porque llevo una pierna de palo.
—Pues esa es una ventaja. Así en el invierno no se le enfriará a usted más que un pie.

* * *

La holgazanería viaja tan lentamente, que bien pronto suele alcanzarla la pobreza. — FRANKLIN.

* * *

—¡Señor!, al pronunciar la palabra "pelandrún", ¿se refirió a mí?
—No, señor. ¿Acaso es usted el único "pelandrún" que hay en Buenos Aires?

* * *

En Cincinati se ha celebrado la boda de Cericilla Corps con James Dann, siendo padrino Thomas Corps, hermano de la novia; los tres son sordomudos.

* * *

En un examen de medicina:
—Vamos a ver: un individuo tiene una pierna más larga que la otra y, por lo tanto, cojea al andar. ¿Qué haría usted en este caso?
—Cojearía también.

Instrucciones de una dama china para señoras y señoritas

HACE 2000 años, una respetable señora china llamada Taa Tai Ku, publicó un libro de "Instrucciones para señoras y señoritas", que no ha perdido absolutamente su actualidad.

En un capítulo dedicado a la práctica de la virtud, recomienda a las jóvenes:

"En el paseo, miren siempre hacia el frente sin volver jamás la cabeza.

"Al hablar, no deben esforzar la voz, porque es de mal tono hablar a voces.

"Sentadas, no deben mover las rodillas (falta muy común entre los hombres de aquel tiempo.) Cuando estén de pie, deben tener completamente quietas las faldas."

Aconseja a las jóvenes que reciban cortésmente las visitas y que agoten la cortesía al despedirlas.

"Cuando estén de huéspedas, no deben pedir nada. Cuando tengan amigas en calidad de huéspedas, deben esmerarse en amable hospitalidad.

"Cuando se les invite a beber, se limitarán a humedecer los labios con el licor."

Torre Inclinada

En Etampes a media hora de París hay una torre inclinada más sólida que la de Pisa, pues ésta amenaza ruina y aquella no.

La torre inclinada de Etampes es algo menos antigua que la de Pisa, pues su construcción data del siglo XVI. Alzase aislada ante el antiguo pórtico de la iglesia de San Martín.

Su desviación de la vertical es casi tan grande como la de Pisa y no se debe a una desnivelación del terreno: es una curiosidad del equilibrio buscada por el arquitecto.

ENTRE AMIGOS



—Si yo hubiese seguido los consejos de mi padre, hace 30 años que sería aviador.
—¿Cómo treinta años?
—Sí; porque siempre me amenazaba con tirarme por el balcón.

Las viudas de Bengala no pueden ser viudas alegres

LA viudez en Bengala es verdaderamente horrible para las mujeres del país, pues desde el momento en que falta el marido, la esposa tiene que pasar el resto de su vida en un estado mísero y lleno de privaciones.

Las costumbres de su raza la obligan a ayunar cada once días, pero a un ayuno severísimo, que le impide probar ni un bocado ni beber una gota de agua, durante 24 horas. Semejante privación es atormentadora, sobre todo en el verano y en un país tan cálido como aquél, pero tiene que soportarla.

Además de esto, la viuda no puede hacer en los demás días más que una sola comida, en la que no pueden figurar ni la carne ni el pescado. Debe también renunciar a los adornos personales y a toda clase de lujos y comodidades; en una palabra, es tal la situación de aquellas mujeres en semejante estado, que ningún marido se atreve a acometer empresas arriesgadas, no por miedo a la muerte, sino por temor de hacer desgraciada a su esposa si la deja viuda.

* * *

—Vamos a ver: si tú tienes diez pesos y yo te pido cinco prestados, ¿cuántos te quedarán?
—Diez, puedes estar seguro de ello.

* * *

El primer diario de la tarde aparecido en China hace poco, se titula "El Mensajero" y está impreso en rojo, que es allí el color de la buena suerte.

A REGIMEN



El médico visitando a un cliente:
—Esa nariz está roja de beber tanto vino... Necesita usted pasar un año bebiendo leche solamente.
—Ya he practicado ese régimen.
—¿Cuándo?
—Durante los doce primeros meses de mi vida.

La ceremonia fúnebre de los árabes es muy curiosa

ES curioso lo que los árabes practican cuando entregan a la tierra cualquier cadáver. Al lado de las sepulturas, las mujeres arráncanse los cabellos y se abren las venas de la frente con agujas, aparentando el más vivo dolor y desesperación.

El cuerpo es depositado en la sepultura abierta en la tierra con el rostro vuelto hacia Oriente.

En la mano del finado se pone una carta de recomendación para Mahoma, y se forma un arco de ramas de árboles en torno del cuerpo, de modo que la tierra no le toque. Sobre la sepultura izan una bandera fúnebre, utilizándose para esta bandera la misma ropa del difunto.

Concluida la ceremonia, todos vuelven a sus trabajos sin el menor indicio de tristeza. Los parientes y los amigos, alguna que otra vez, visitan la sepultura, descubriendo parte del cuerpo para ver si recobró la vida.

* * *

Un andaluz, muy embustero, decía:
—Mi abuelo fué marino y estuvo en la batalla de Trafalgar. Una bala inglesa le privó de los dos brazos y de las dos piernas y lo arrojó al mar. Afortunadamente, mi abuelo sabía nadar.

* * *

Bien concibo que las arañas pueden llamar providencia al poder que les trae moscas para devorar; más no sé qué nombre deberán darle a las moscas. — J. B. SAY.

* * *

—¿No decía usted que en este patio había una torre?
—Y sí que la hay.
—Pues yo no he visto más que un pozo.
—¿Y qué es un pozo más que una torre boca abajo?

* * *

Se aplica hoy la radioscopia a buscar perlas, lo que permite volver a echar al agua, sin abrirlas, los moluscos que no contienen perla o la contienen de tamaño insuficiente.

* * *

El hijo de un almacenero se está examinando:
—¿De dónde proviene el café? — le pregunta el catedrático.
—Perdone usted que no se lo diga; la procedencia del que nosotros vendemos es un secreto de la casa.

* * *

Nunca ha habido ni buena guerra ni mala paz. — FRANKLIN.

* * *

—¡Mozo! — dijo un pasajero de un hotel examinando su cuenta antes de partir. — Se han olvidado de cargarme en cuenta una cosa.
—¿Qué cosa, señor? — preguntó el mozo.
—El gerente me dió ayer los buenos días y veo que es por lo único que no me cobran algo.

* * *

La primera fábrica de tejidos de seda que se fundó en Francia lo fué en Lyon en 1466.

* * *

Maestro. — El camello es el "navío del desierto". Dígame, Pedrito, ¿qué es un dromedario?
Pedrito. — Un camello con dos palos.

El centinela que custodiaba una flor silvestre

PASEABASE un día Alejandro II con Bismarck por los jardines del parque imperial.

Llamó la atención del canciller un centinela apostado en cierto sitio, sin objeto aparente alguno, y preguntó al zar qué misión tenía el centinela.

El emperador, sorprendido, no lo sabía; preguntó a sus ayudantes y altos dignatarios, y nadie supo contestar. Se registraron archivos y crónicas, y nada se pudo encontrar; solamente se sabía que existía una orden para colocar un centinela en ese sitio.

Por fin se dió con un viejo soldado que dijo conocer el origen de la orden, por haberlo oído contar a su padre.

Cien años antes, la emperatriz Catalina II encontró un día en ese sitio del parque una campanilla blanca oculta entre el césped, y encantada del hallazgo de la tierna flor, dió orden de que fuese puesto un centinela, a fin de evitar que la florecilla fuera cortada.

Un siglo después, la estrafalaria orden todavía era obedecida, y lo hubiera sido por mucho tiempo más, a no ser por la curiosidad del "canciller de hierro".

Un Concurso de Buenos Maridos

En un concurso de maridos organizado recientemente en Boston, el jurado adjudicador de los premios, que tenía el deber de fijarse tanto en lo físico como en lo moral, ha otorgado el primer premio a un señor de treinta y cinco años, casado diez años antes. Las numerosas virtudes que le han valido la distinción fueron éstas:

Tiene buen humor por las mañanas antes del desayuno.

Autoriza a su esposa para reglamentar los gastos de la casa.

Declara que su mujer guisa mejor que su madre.

Es puntual a la hora de las comidas.

Es amable en sociedad y en privado.

Es generoso y de excelente carácter.

Le gusta más su casa que el club.

Va rara vez al café...

Hacemos votos por que nuestras lectoras solteras encuentren un marido que reuna estas cualidades.

* * *

La concordia, la honradez, la industria y la frugalidad son los medios más eficaces para que un pueblo sea feliz y poderoso. —Washington.

* * *

—¿Qué dijo mi papá cuando usted pidió mi mano, Arturito?
—No me la negó, pero puso una condición... muy difícil de cumplir.
—¿Cuál?
—Me dijo que antes que casada conmigo, prefería ver a su hija colgada de una higuera.

* * *

Roosevelt se casó en Londres.

* * *

—La mamá. — ¿Por qué lloras, Luisita?
—La niña. — Porque le he enseñado el vestido nuevo a Rosita y no ha sentido envidia.

TINTORERIA



—¡Qué hermosa cabellera tiene Elvira!
—Sí, hermosísima. Va todas las semanas a la peluquería a hacérsela arreglar.
—Y luego de un color tan simpático... ¿Cómo se llama ese color?
—No sé; no la he visto esta semana.

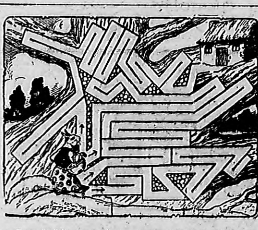
* * *

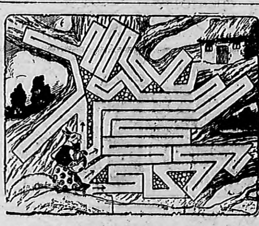
Un caballo puede vivir bebiendo a discreción, pero sin comida, unos veinticinco días; 17 días sin comer ni beber y sólo cinco días sin beber.

* * *

Un epiléptico sufrió un ataque en mitad de la calle y fué llevado a un hospital. Al desnudarle, encontraron pinchado con un alfiler en la espalda de su chaleco, un papel que decía: "Esto es para avisar al médico que me atienda que se trata de un caso de epilepsia, no de apendicitis. Además, ya me han extraído el apéndice dos veces".

¿Por Dónde Irá la Ardilla?





La señora Ardilla desea llegar pronto a la linda casita que tiene en el árbol, y no hay más que un camino bueno para ir hasta ella. Trate usted de encontrarlo. Es necesario llegar hasta la casa sin cruzar ninguna línea negra. Hay un camino; la cuestión es saber encontrarlo.

Contra la Tiranía de los Pañuelos

Sabido es que Robespierre, el mismo que envió a la guillotina a Luis XVI, se jactaba de ser enemigo acérrimo de toda tiranía.

En los días más aciagos de la época del Terror, en los que cada cual se creía obligado a imponerse algún sacrificio en aras de la libertad, y cuando el mismo desaliño en el vestir parecía indicar la conformidad del individuo con el derrumbamiento de todas las leyes sociales, se presentó siempre Robespierre vestido con cuidado y hasta con cierta elegancia.

Sin embargo, permaneció revolucionario en un punto: en su aversión al pañuelo de bolsillo, si hemos de creer a Lucién Veise, quien, para asegurar este aserto se apoya en interesantes documentos. Al parecer, su odio al pañuelo llegó a inspirar a Robespierre versos en los que se rebelaba contra el uso tiránico de aquél, cuando la naturaleza ha dotado al hombre de diez dedos, que bastan para mantener en orden la nariz.

Pregonaba que el ciudadano romano jamás había conocido tal artefacto, y si Roma se hubiera aficionado a tales costumbres mujeriles, jamás habría subyugado a sus reyes.

Pero a pesar de esta cólera fanática, no dejó Robespierre de llevar un pañuelo consigo, y éste le sirvió para vendar la herida al intentar suicidarse el día 9 de Termidor, en aquella sesión memorable en que fué dictada su detención.

* * *

En una exposición de fieras. El ayudante del domador ante una enorme serpiente:
—He aquí, señoras y señores, la feroz serpiente boa que se traga los chanchos enteros... Cuidado con aproximarse a ella, señores.

* * *

Poned todo vuestro empeño en escoger para amigos a aquellos que bajo todos conceptos valen más que vosotros. De esta suerte, pesando las consecuencias, os convenceréis de que pesa más lo que recibís que lo que dáis.—Miss Berry.

Examen de medicina:
—¿Puede usted decirme, señor, por qué nota Vd. que hay entorpecimiento en la circulación?
—En que se amontonan los vehículos.

* * *

Entre los pueblos antiguos, los egipcios y los judíos eran los únicos que no admitían la costumbre de matar a los niños que nacieran defectuosos.

* * *

Una señora dice a un carnicero:
—¡Qué oficio más repugnante el de usted! ¡No le remuerde a usted la conciencia por matar a tanto animalito indefenso?
—No señora... ¿Es que quería usted comérselos vivos?

* * *

Siempre me fué bien mientras no seguí más que mi parecer; empecé a creer en mis consejeros y perdí mi reputación y mi gloria. — Napoleón.

Los alemanes preparan lechugas casi instantáneamente

EN Berlín se ha conseguido servir, después de una comida, una ensalada hecha con lechugas nacidas en la mesa al tiempo de comer.

Por si alguno de nuestros lectores quiere hacer lo mismo, transcribimos la receta:

Elegida una buena semilla de lechuga, se pone en remojo en alcohol durante 6 horas, transcurridas las cuales se saca y se siembra en bandejas llenas de estiércol y cal viva a partes iguales, que se colocan sobre la mesa. Riégase con agua templada, y en el acto empiezan a germinar, tan a prisa, que, cuando llega la hora de servir el postre, las lechugas han alcanzado el tamaño de avellanas.

Existe un insecto que puede perforar el plomo

EN la revista inglesa "Diario de la Sociedad de Industrias Químicas", Mr. Hare da cuenta de un caso curiosísimo de perforación de una plancha de plomo cuyo espesor pasaba de 3 milímetros.

El animalito que llevó a cabo esta proeza es una avispa llamada "Sirex Gigas".

El plomo perforado se hallaba destinado a recubrir un cuarto para fabricar ácido sulfúrico y se había colocado, temporalmente, sobre un piso de madera sostenido por vigas de la misma materia.

El insecto salió de una de estas vigas, donde se había operado su metamorfosis, y, para salir al aire libre, trató de vencer los obstáculos que a ello se oponían.

Costó poco trabajo a la avispa traspasar la madera del piso, pero, al llegar al plomo, en lugar de retroceder, lo atacó valientemente.

Aun no había terminado su trabajo, si bien le faltaba poco cuando levantaron las planchas metálicas, y se observó el agujero hecho por el "Sirex Gigas".

Sólo 48 horas había permanecido el plomo sobre el pavimento, y, por consiguiente, el insecto no pudo emplear más tiempo en tan increíble trabajo, que, sin duda, hubiera acabado en unas cuantas horas más.

* * *

A la salida del teatro, el autor del drama que se ha representado encuentra a uno de sus amigos, que se pasa el pañuelo por el rostro.
—¿Has llorado? — le pregunta.
—No... Pero he sudado mucho.

* * *

La fe es el consuelo de los pobres.—Vauvenargues.

* * *

—Juan, préstame cuatro pesos.
—No tengo más que tres.
—Dámelos, y me deberás uno.

Lo que podemos resistir a las corrientes eléctricas

LA revista "Scientific American" publica los resultados de un cálculo sobre la resistencia del cuerpo humano al paso de la corriente eléctrica.

En el caso de mínima resistencia, esto es, teniendo mojadas el individuo las manos y el calzado, aquélla es de 5000 ohmios. Lo que quiere decir que es igual a la de un alambre cilíndrico de 2350 metros de largo y una décima de milímetro de grueso.

En las condiciones ordinarias, dicha resistencia es de más del doble, variando entre los 10 y los 20.000 ohmios.

* * *

—Margarita.—Pero has visto, Natalia se ha casado con un hombre que tiene edad para ser su padre.
Lola.—¡No! Debe haber exageración; pocos son los hombres que logran llegar a la edad tan avanzada.

* * *

En Escocia se pueden casar los hombres a los 14 años y las mujeres a los 12, si sus padres lo consienten.

EL AMIGO DE BENITO

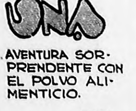


—No me hables de Benito, es un canalla, un infame, un mal caballero.
—¿Está usted seguro?
—Como que soy su mejor amigo.

* * *

—Dime, niña, ¿se está tu mamá en casa?
—No, señorita, hace dos horas que ha ido a pasar cinco minutos en casa de mi tía.





AVENTURA SORPRENDENTE CON EL POLVO ALIMENTICIO.

POR

WATSO









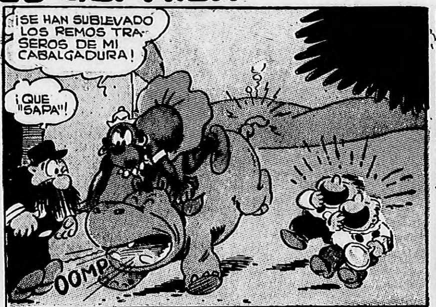




LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN



















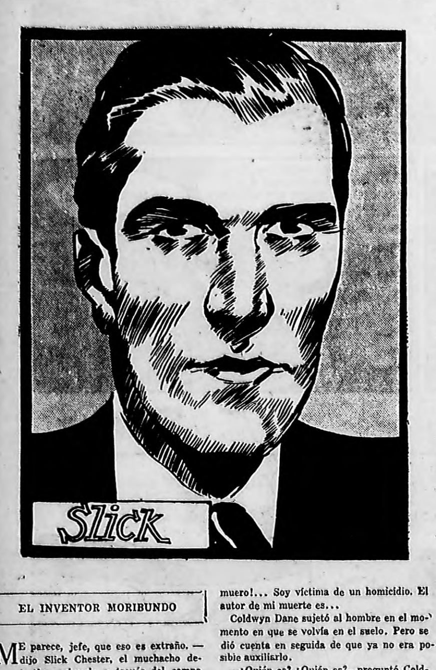








EL CASO DEL PERRO SALTARIN



NUEVA AVENTURA POLICIAL DEL DETECTIVE COLDWYN DANE Y DE SU JOVEN AYUDANTE SLICK CHESTER



EL INVENTOR MORIBUNDO

ME parece, jefe, que eso es extraño. — dijo Slick Chester, el muchacho detective, mirando a través del campo que se extendía ante su vista. — Es la segunda vez que ese hombre ha salido de aquella casita, a mirar hacia el camino.

Coldwyn Dane, el famoso criminologista de Benton Street, inclinó afirmativamente la cabeza.

—Es extraño, Slick — dijo. — O el hombre está esperando a alguien muy importante o pasa, en la casa, algo hacia lo cual desea llamar la atención y no se atreve a alejarse. Prefiero esta segunda teoría.

—También yo, jefe — asintió Slick Chester. — ¿Vamos a enterarnos de lo que pasa? Hay otro tren para Exeter, dentro de media hora, y podremos tomarlo, aun cuando no alcancemos el que esperábamos tomar.

—Bien pensado, Slick — dijo Coldwyn Dane, mientras seguían por un sendero que conducía a la casita. Llegaron a ella en el momento en que el hombre aparecía por tercera vez.

Era un tipo pálido, entre treinta y cuarenta años, mejor vestido de lo que podía esperase en habitante de tan modesta casa campestre del condado de Devonshire. Tenía expresión de inquietud y los ojos dilatados por el terror. Al ver a Coldwyn Dane y a su joven ayudante, el hombre se paró de improviso. Permaneció un momento sin poder hablar. Después lo consiguió, moviendo levemente sus pálidos labios.

—¿Es alguno de ustedes, médico?

—No, pero entiendo de primeros auxilios — respondió en seguida Coldwyn Dane. — ¿Dónde vive el médico más cercano?

El hombre indicó el camino con mano temblorosa.

—A una milla de acá, en una casa de ladrillos rojos, con techo de teja. Hubiera ido yo mismo, pero no me atreví a dejar solo a mi socio. Ted Byfield está muy mal. Temo que...

—Slick, toma esa bicicleta—le dijo Coldwyn Dane, indicándole una vieja máquina que estaba junto a la puerta de la casita —. Ve a lo del médico y dile que venga lo más pronto posible. Mientras tanto haré lo que pueda.

—Bien, señor — contestó Slick Chester.

Montó en la bicicleta en el mismo momento. Apoyó los pies en los pedales e hizo que corriera la vieja máquina. No podía ni suponer lo que pasaba en la casita, pero consideraba que el asunto estaba en buenas manos.

Llegó pronto a la casa de ladrillos rojos encontró en ella al médico, cuyo automóvil estaba en la puerta. El llamado de Slick Chester le hizo acudir inmediatamente y diez minutos más tarde estaban en la casita. El muchacho entró, siguiendo al médico, y se presentó ante su vista una impresionante escena.

Un hombre, que indudablemente se hallaba moribundo, estaba tendido en el suelo, sostenido por unas almohadas. Coldwyn Dane estaba de pie a su lado, con un vaso de leche y aceite, que le había administrado como contraveneno.

El moribundo indicó al detective que se separara, como si le faltara aire para respirar.

—¡El labrador Walters lo sabe! — dijo con voz entrecortada y tan bajo que Coldwyn Dane se inclinó, para oír mejor. — El lo sabe... Los hongos...

Un espasmo de dolor desfiguró el rostro de aquel hombre.

—¡Me muero! — dijo, entre un hondo sollozo. — ¡Déjenme en paz! ¡Me muero, me muero!... Soy víctima de un homicidio. El autor de mi muerte es...

Coldwyn Dane sujetó al hombre en el momento en que se volvía en el suelo. Pero se dió cuenta en seguida de que ya no era posibie auxiliarlo.

—¿Quién es? ¿Quién es?—preguntó Coldwyn Dane, urgentemente.

Durante un segundo, los labios del hombre trataron de expresar una palabra, pero se movieron inútilmente. El veneno había realizado su terrible efecto.

Coldwyn Dane se quitó el sombrero mientras el médico dejaba reposar al envenenado, en el piso.

—¡Muerto! — exclamó el médico. — ¡Ya no podrá decirlo!

Slick Chester corrió a la puerta de la casita al oír que llegaba un automóvil. Era el repartidor de un almacén y el muchacho le pidió que avisara a la policía para que se presentara lo más pronto posible en el lugar de la tragedia.

Regresaba a la casita cuando le llamó la atención algo raro que vió en el jardín. Acercándose, se dió cuenta de que se trataba de una piedra blanca y lisa, con la inscripción siguiente:

TIGRE
Mi compañero fiel
Envenenado por un infame
Octubre 8 de 1931

—La tumba de un perro envenenado en octubre, — se dijo Slick Chester.

Volvió a la casita, en la que Coldwyn Dane estaba interrogando al señor Franks, el socio del muerto y el hombre que les había enterado de lo que pasaba.

—Debo hacerle saber que soy detective particular, señor Franks — decía Coldwyn Dane.

—Celebro que lo sea, señor — contestó Franks, tembloroso. — Son los hongos los que han causado la muerte del pobre Ted. ¡Son terribles! No los he probado más que una vez en toda mi vida. Pero mi socio era muy aficionado a ellos y durante la estación, se desayunaba con ellos todas las mañanas.

—¿Quién es el labrador Walters? — preguntó Coldwyn Dane. — Su socio pronunció su nombre. Dijo que sabía algo respecto a los hongos.

Slick Chester observó al hombre mientras vacilaba antes de contestar.

—¡Señor Dane, no puedo creer que se trate de un homicidio, exclamó Franks. — Pero he de decirle todo lo que sé. Mi socio y Walters riñeron de modo terrible, hace unos meses, con motivo de la muerte del perro de Ted. Ted acusaba a Walters de haber envenenado al perro.

—¿El que está enterrado en el jardín? — dijo Slick Chester. — Pero envenenar a un perro es algo muy distinto a matar a un hombre.

Franks inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—El caso es que Ted le tenía mucho cariño a su Tigre — explicó. — No me dí cuenta de cuánto lo quería hasta que murió el pobre animal. Ted estuvo como loco, durante unos días. Acusó a Walters de haber puesto carne envenenada para matar al perro y pelearon desesperadamente. Mi socio no volvió a dirigirle la palabra a Walters.

—¿Qué tiene que ver Walters con los hongos? — preguntó el detective.

—El fué quien los trajo. Los mismos hongos con los que Ted se desayunó esta mañana, hace poco más de una hora — dijo Franks.

La conversación fué interrumpida por la llegada de los empleados de policía, que se encargaron inmediatamente de la investigación oficial.

El médico había llegado ya a la conclusión de que la muerte de Ted Byfield se había producido por haber ingerido hongos venenosos muy parecidos a los que son comestibles e inofensivos.

En la cocina se hallaron rastros de que Ted Byfield había preparado los hongos para su desayuno, aquella mañana. Los utensilios de la cocina fueron recogidos por la policía, para someterlos a un análisis.

Coldwyn Dane se dió a conocer a los de la policía, y mientras conversaba con ellos, Slick Chester salió a recorrer las inmediaciones de la casita. Los restos de aparatos de radiotelefonía que encontró le enteraron de que en la casa se trabajaba en algún género de invenciones, en gran escala para un sitio tan apartado. Además, la casita presentaba algunos aspectos curiosos.

Se componía de dos pequeños dormitorios un taller, una salita y la cocina. El moblaje de la sala, sin embargo, le llamó la atención al muchacho detective por su calidad superior. Estaba mirándolo cuando pasó Franks por la habitación, cumpliendo un pedido de la policía y se detuvo.

—No esperaba ver muebles así en una casita como ésta, ¿no es cierto? — preguntó.

—No, en verdad, — dijo Slick Chester.

—Estos muebles son míos — explicó Franks. — Tengo algún dinero. Compré estos muebles y esos libros y le proporcioné capital a Ted Byfield, que era un asombroso inventor. Los dos éramos inventores y socios, ¿sabe usted? Ahora, con su muerte, lo perderé enteramente todo. — Hizo un gesto de fastidio. — No me será fácil continuar el trabajo. ¡Eramos tan amigos!

Slick Chester inclinó la cabeza. Volvió luego a la cocina donde los de la policía seguían investigando. De pronto oyó conmoción en la parte exterior.

—¡Voy! ¡Les he dicho que voy! ¡No tienen por que agarrarme del brazo de ese modo tan grosero!

Entró un hombre obeso, con chaqueta y breeches y con polainas de cuero. Tenía el rostro rojo, congestionado y le brillaban los ojos. Un agente de policía lo seguía de cerca.

—¡El labrador Walters!—exclamó el inspector.

—¡Sí! ¡Ese soy yo! — replicó el recién llegado, con brusquedad. — ¿Qué significa esto? ¿Por qué me traen con tanta grosería? No me importa nada lo que le haya sucedido a Ted Byfield. ¿No saben que es un canalla? ¡Cómo llegue a molestarme más!...

El inspector se movió mientras el labrador hablaba y apareció de pronto, a la vista de Walters, el que estaba tendido en el suelo.

—Ha muerto, Walters — dijo el inspector. — El médico dice que ha sido envenenado.

—¡Muerto! ¿Envenenado? — El labrador comenzó a estremecerse. — ¡Qué sorpresa más grande! — ¡Yo le he deseado alguna molestia, o un accidente, pero no la muerte! ¡Jamás pude suponer que le pasara tal cosa!

El inspector miró fijamente al tembloroso labrador.

—Walters, hay sospechas de que se trata de un crimen — dijo. — Se le ha causado la muerte con hongos venenosos. Se hará una acusación contra usted. Tengo que advertirle que todo lo que diga desde este momento podrá ser utilizado como prueba contra usted mismo.

—¿Crimen? ¿Yo? — gritó el labrador, asombrado ante las palabras del inspector. —¿Dicen ustedes que yo lo maté? ¿De qué modo?

—Ted Byfield, parece que ha muerto por haber comido hongos que parecían enteramente inofensivos, — manifestó el inspector.

Walters se agarró al marco de la puerta, como para sostenerse.

—¡No podrán probar semejante cosa! — gritó, desconcertado. — ¡No es posible demostrarlo! ¡No hubiera muerto tan pronto! Lo hubieran enfermado, aun en caso de un error. ¡Le aseguro que!...

—Escuche, Walters, — dijo el inspector. — Recuerde mi advertencia, pero diga lo que tenga que decir. ¿Cuándo trajo usted hongos a esta casa por última vez?

—Esta misma mañana, como todos los días — respondió Walters, atónito.

—¿A qué hora?

—A las ocho.

—¿Quién los recibió?

—Se los di a Byfield. No estaba levantado cuando llamé. Le oí abrir la puerta y se ols di. Hacía algún tiempo que no nos hablábamos. Pero eso no puede demostrar...

—¿Quién recogió los hongos esta mañana?

El labrador se puso intensamente pálido.

—¡Yo! — dijo. — Mi mujer me ayuda algunas veces, pero esta mañana le dije que se quedara en casa. Eso lo comprobarán ustedes, según creo. Yo traje la bolsita de papel con los hongos, directamente a esta casa.

—No diga más, Walters — dijo el inspector. — Es necesario que vaya a la oficina policial.

Como en sueños, el labrador dejó que lo hicieran salir de la casita.

Después de tomar algunos datos, el inspector se volvió hacia Franks.

—Tengo que hacerle varias preguntas, señor Franks — dijo. — Usted estaba aquí solo con su socio, ¿no es eso? ¿Cuál de los dos se levantaba primero, por la mañana?

—Ted — dijo Franks. — Generalmente era el que primero se levantaba. Trabajábamos hasta muy tarde. No oí ruido alguno hasta que Walters llamó a la puerta. Me tiré de la cama cuando el reloj daba las ocho.

—Su socio, ¿se preparaba él mismo el desayuno?

—Sí, lo hacía siempre. Sabía que no me gustaba el olor de los hongos. Por otra parte, yo no iba a la cocina por la mañana, pues tengo la costumbre de desayunarme con frutas frescas.

—¿Cuándo se sintió mal?

—Casi en seguida de haber terminado de comer los hongos. En el primer momento no pude darme cuenta de lo grave que estaba. El señor Coldwyn Dane vino después y arregló de modo que viniera el médico. Pero fué tarde. Fallaron los antídotos. — Franks vaciló un momento. — Pero hay algo más que deseo decirle, inspector.

—Hable, señor Franks.

—Ese cargo respecto a acción criminal, inspector. — dijo Franks. — No quiero hablar mal de un muerto, pero Ted era más bien vengativo. Se hallaba sufriendo tales dolores que tal vez no sabía lo que decía. No puedo creer que hubiera intenciones de matarlo. Todo puede haber sucedido accidentalmente.

—Puede ser — dijo el inspector, pero sin comprometer opinión.

Un minuto después, terminada la investigación, el inspector llamó a Coldwyn Dane y a Slick Chester, a un lado.

—Voy a revisar de nuevo la casa, — dijo. — Pero creo que no es necesario. Walters es un hombre de genio terrible y ya ha hecho otras locuras. No hay duda de que hemos prendido al verdadero culpable.

Slick Chester se retiró a un lado. Le parecía extraño que una persona en la plenitud de su vida pudiera haber muerto en forma tan rápida. Había oído hablar de envenenamientos con hongos, pero nunca había tenido ocasión de investigar un caso de esa clase. Deseaban enterarse de algunas cosas más, inmediatamente.

Recordando que había visto algunas enciclopedias en los estantes de la salita, fué a ella en seguida y tomó un volumen de la estantería. Abriéndolo, encontró pronto el capítulo "Hongos". La razón para que lo encontrara tan pronto fué doble. El tomo era nuevo y había sido abierto muchas veces por el mismo sitio. Además había un sobre, marcando la página.

Mirando el sobre, que estaba vacío, Slick Chester vió que estaba dirigido a Ted Byfield, el muerto.

—¿Por qué consultó sobre hongos? — se dijo el muchacho. — Si se tratara de un caso de suicidio...

Calló, dedicando su atención a la página del libro. Le latió muy fuerte el corazón al notar una mancha en una esquina del papel. Parecía que hubiera sido raspado. En seguida se dió cuenta de lo que había pasado. Alguien había estudiado el libro a la luz de una bujía y había dejado caer en la hoja, una gota de estearina. Luego la había limpiado con la mayor prolijidad posible.

Ese hallazgo excitó inmediatamente el interés que aquello despertaba en la imaginación del muchacho. Observadas con su cristal de aumento, las páginas dejaron ver señales de haber sido manejadas

(Continúa en la página siguiente)



El joven detective extendió la mano, mostrando la bolsita de papel con los hongos



ALFO dijo a su hermano Jimmet:

—No puedo creer que Zudkin haga brujerias.

—Sin embargo todos dicen que es un brujo—replicó Jimmet—. Y nadie se atreve a acercarse a su cueva.

—Supónte que fuéramos nosotros — sugirió Alfo con los ojos brillándole de picardía. — Tal vez viéramos algo extraordinario.

Y tan pronto como lo dijo emprendió camino por el áspero sendero de la montaña.

Jimmet lo siguió, pero realmente no parecía hacerlo muy a gusto.

—No me atrevo a ir más lejos — dijo cuando avistaron la cueva.

—Bien — repuso Alfo riéndose alegremente. — Yo iré y, cuando vuelva, te diré si realmente es un brujo.

Se encaminó con decisión hasta la puerta de la cueva y golpeó sin vacilación alguna.

—¡Hola, Zudkin! ¿Está usted ahí?

—¿Quién se atreve a interrumpir mi descanso a estas horas del día? — contestó una voz profunda y desagradable.

Instantes después Zudkin, vestido con una túnica cubierta de extrañas figuras, abrió la puerta.

—Quiero saber si usted es realmente brujo — explicó Alfo.

—¿En qué quieres convertirte? ¿En una serpiente, un sapo, un conejo o un león? — preguntó, gruñendo, Zudkin.

—Me gustaría ser león — contestó el muchacho.

Con la rapidez del relámpago Alfo se convirtió en un hermoso león. Rugía y agitaba la cola y antes de que el brujo pudiera evitarlo se echó sobre él.

—¡Transfórmate nuevamente en muchacho, león! — gritó Zudkin, que se revolcaba en el suelo.

Adolfo volvió a ser Alfo e incorporándose ayudó a levantar al brujo.

—¡Qué divertido es esto! ¿Podría convertirme en tigre?

El brujo no respondió, pero miró al muchacho fijamente y una sonrisa maligna se dibujó en su rostro.

—¿Qué es lo que comes con mayor satisfacción? — le preguntó.

—Tortas y pasteles con dulce — contestó Alfo.

—Vuélvete a tu casa. No volverás a tener nunca otra comida que no sea tortas y pasteles con dulce — exclamó el brujo —. Y toda la comida que se sirva en tu mesa será tortas y pasteles con dulce — añadió.

—¡Hurra! — gritó Alfo, y corrió en busca de su hermano. Pero éste había escapado cuando vió a Alfo transformado en león. No lo encontró hasta que llegó a su casa, donde por cierto había gran conmoción.

Todos los de la familia estaban pálidos y se miraban angustiados unos a otros. Habían servido el té, pero en lugar del acostumbrado pan y manteca había tortas y pasteles con dulce.

Alfo se echó a reír.

—Después de todo hay que convencerse de que Zudkin es verdaderamente brujo. Dijo que iba a hacer esto y lo ha hecho.

—Pero, no es posible que vivamos a tortas y pasteles con dulce — exclamó alarmada la mamá —. Acabaremos por enfermarnos.

Alfo ya no se rió al oír esto porque comprendió que la madre tenía razón.

—Iré a decirle al brujo que deshaga el encanto. No tardaré mucho.

El muchacho volvió a la cueva, pero, por más que golpeó, no recibió la menor respuesta; y se vió obligado a regresar sin haber conseguido que el brujo destruyera el encanto.

Pero cuando ya se aproximaba a su casa se echó a reír nuevamente, al concebir una idea. Poniendo las tortas y los pasteles con dulce en un canasto, dijo:

—Voy a vender esto. Vayan todos a casa de tía Bellona. Iré allí dentro de poco.

En efecto, no tardó mucho en llegar porque vendió fácilmente su mercancía.

Compró pan y manteca y, como no era su mesa sino la de su tía, todos tomaron el té como de costumbre.

Pero Alfo no se dió por satisfecho, quería ganar más dinero; así que volvió a comprar pan y manteca y lo llevó a su casa haciendo que se convirtieran estas cosas en tortas y pasteles con dulce, que vendió como había hecho la otra vez.

Durante una semana el muchacho se dedicó a la venta de tortas y pasteles con dulce, hasta que consiguió ganar una fuerte suma.

Pasado este tiempo salió un día de su casa llevando el canasto lleno de mercadería y llegó a la cueva de Zudkin, llamando a la puerta.

—Bien, supongo que estarás harto de tortas y pasteles con dulce. ¿Verdad? — dijo Zudkin.

—¡Al contrario! ¡Me ha resultado espléndido! Vendo todo el día y estoy ya casi rico. Yo no como de eso, porque hacemos nuestras comidas fuera de casa.

Zudkin se paseó de arriba y abajo por su cueva, desesperado por haber sido burlado.

—¡Que desaparezca el encanto! ¡Conviértete en caracol!

Pero Alfo no se convirtió en caracol; no temía a Zudkin y éste ya no podía dominarlo.

—¡Me has vencido! ¡Ya no tengo poder sobre ti! — gritó lleno de rabia y salió corriendo de la cueva.

Alfo no tuvo más tortas y pasteles de dulce que vender, pero no lo sintió porque ya había ganado todo el dinero que deseaba.

EL CASO DEL PERRO SALTARIN

(Ilustró GUIDA)

(Continuación de la página anterior)

muchas veces. Hizo otro descubrimiento: en mitad de una página había unos rastros que parecían de algo escrito con lápiz en una hoja de papel puesta sobre aquella misma página, con el libro abierto.

Slick Chester miró el libro, colocándolo en distintas posiciones, pero no pudo leer el trazo dejado por el lápiz al escribir en el otro papel.

—De todos modos se comprende fácilmente que alguien tomó notas sobre este tema — se dijo, brillándole los ojos.

Entonces el muchacho leyó rápidamente lo que decía aquel capítulo del libro. Se refería a los hongos venenosos confundibles con los comestibles. En la columna correspondiente a esos datos era donde estaban los rasgos hundidos del paso del lápiz. E lpárrafo se refería a las clases de hongos que crecen en los troncos carcomidos.

—Aquí hay algo en lo que debo fijarme, — murmuró entre dientes el muchacho detective. — Es fácil que se haya tratado de un suicidio. Un hombre mal intencionado puede haber tratado de vengarse aun en el momento de morir. En caso de asegurar que era víctima de un asesino...

Slick Chester calló, recordando que no había examinado bien una cosa importante. Tomó el sobre que estaba marcando la página del libro y lo miró con toda atención. Le llamó la atención el sello que inutilizaba la estampilla del correo y se estremeció al ver que indicaba: "7 octubre 1931". Se estremeció al darse cuenta de que esa fecha era la del día anterior a la muerte del perro Tigre, que había sido envenenado.

LOS HONGOS ESCONDIDOS

¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

—¡Fuera! ¡Atrás, o te pegaré!

El fuerte ladrido de un perro, seguido de una voz de enojo, hicieron que Slick Chester diera un salto y pusiera el tomo de la Enciclopedia en el estante. Luego salió, corriendo, de la habitación.

Fuera de la casita se encontró con el cartero de la localidad defendiéndose contra las amenazas de un perro que parecía estar furioso. En ese mismo momento apareció Franks. Llamó al perro que obediente, se metió en la casa.

—Esto es intolerable, señor Franks, — dijo el cartero. — Aquí tiene esta carta y es la segunda vez que la traigo. ¿No oyó cómo me atacó su perro esta mañana, a las ocho menos cuarto?

—Lo siento, pero no lo oí. — contestó Franks en tono de sorpresa. — Eso demuestra que estaba profundamente dormido. Ni sabía que el perro andaba suelto.

El cartero murmuró algunas palabras de comentario y se retiró.

Slick Chester miró fijamente a Franks.

—¿Deja usted suelto por la noche a perro tan peligroso, señor Franks? —le preguntó.

Franks movió negativamente la cabeza.

—¡De ningún modo, joven Chester! Duerme en mi habitación. Lo compré con la esperanza de que substituyera al perdido Tigre, en el afecto de Ted, pero a mi socio no le gustó este perro. Tendré que desprenderme de él.

La respuesta de aquel hombre le pareció extraña al muchacho detective.

—Señor Franks — dijo. — Su socio no abrió la puerta de la casa hasta las ocho, ¿cómo explica usted, entonces, que su perro estuviera afuera a las ocho menos cuarto?

Franks se estremeció visiblemente.

—¡Qué tonto soy! — exclamó. — Dejé la ventana abierta, por la parte inferior, la noche pasada. El perro duerme en mi cuarto, pero debió saltar por la ventana. La cerraré mejor, de aquí en adelante.

La pregunta de Slick Chester parecía haber sido contestada razonablemente y el muchacho detective salió al jardín, donde Coldwyn Dane lo llamó a un lado.

—¿Estás contento de todo, Slick? — le preguntó el famoso detective.

—No lo sé, señor — contestó el muchacho con toda franqueza. — Las cosas se presentan muy sombrías para el iracundo labrador. Sin embargo, he visto inocentes que parecían más culpables.

Contó entonces, a Coldwyn Dane, lo que había hecho. El detective frunció los labios pero no hizo comentario alguno.

—Slick, ve a entrevistar a la esposa del labrador — dispuso. — Parece que nadie ha pensado en interrogarla. Es posible que esté en condiciones de decir algo interesante.

—¡Está bien, señor! — dijo Slick Chester, que cinco minutos después estaba conversando con la señora de Walters.

La mala noticia había circulado rápidamente y la pobre señora estaba sumamente emocionada. Pero la actitud de Slick Chester la tranquilizó algo y trató de contestar lo mejor posible, a sus preguntas.

—Sí, es cierto que mi marido recogió él mismo, los hongos, esta mañana, — dijo la esposa de Walters. — Pero fué porque yo estaba con dolores reumáticos y él temía que me hiciera daño el rocío matutino. Yo le miré desde la ventana.

—¿Durante todo el tiempo? — preguntó Slick Chester.

—Con toda seguridad — afirmó la señora. — Los recogió en el prado donde los encuentra siempre. Mi marido conoce los hongos tan bien como yo. Los vi cuando los trajo a casa. Todos eran excelentes, grandes y frescos.

Slick Chester reflexionó un momento.

—Eso es muy importante, señora de Walters — dijo. — Dígame: ¿hay hongos venenosos parecidos a los comestibles, por estos parajes?

—Muchos, entre los árboles — dijo la señora. — Pero no los podemos confundir ni mi marido ni yo. Los que hemos nacido y vivido siempre en el campo, conocemos bien cuáles son los hongos buenos.

—¿Fué su esposo el único a quien usted vió recoger hongos esta mañana? — preguntó Slick Chester.

—Sí — empezó a decir la mujer. Pero, de pronto pareció recordar algo, muy emocionada, por cierto. — ¡No! ¡No fué el único! — exclamó. — Vi a otro hombre unos momentos antes de que mi marido saliera para el prado.

A Slick Chester le brillaron los ojos con mucho interés.

—¿Quién era?

—Eso no puedo decirlo — respondió la mujer. — Creo conocer a todos los que viven en la localidad, pero a ese no lo conozco. Era un tipo delgado, con mameluco de mecánico y gorra. Se movía con cautela, como temeroso de que lo vieran. Sólo alcancé a verlo un momento y luego desapareció entre los árboles.

—¿Entre aquellos? — dijo Slick Chester, indicando un bosque. La señora inclinó la cabeza, asintiendo. — ¿Sabe usted algo más, respecto a ese hombre?

—Sé que debió internarse en la arboleda, — agregó la mujer. — Oí ladrar al perro de Blaxall, un sabueso que siempre ladra cuando alguien anda cerca.

—¿Blaxall? — dijo el muchacho.—¿Dónde vive? ¿En esa casa de chimenea alta que vi hace un momento?

—Precisamente — dijo la señora de Walters.

Después de darle las gracias a la mujer y de prometerle que se haría todo lo posible en favor de su marido, el ayudante del detective cruzó el campo, camino de la casa de la chimenea alta, pasando por el bosque indicado por la esposa del labrador. Al pasar frente a la casa de Blaxall, le llamó la atención que no le ladrara el perro. Pero no pensó más en eso, pues distinguió, en un sitio obscuro, tres plantas que le parecieron ser hongos.

Slick Chester contuvo entonces la respiración. Inclinándose, vió un tallo roto y luego otro. Buscó con cuidado. Junto a una de las plantas rotas se veía la huella de la pisada de un botín, en un espacio de tierra liso y sin pasto. Era la huella de alguien que se había apoyado en un solo pie al inclinarse para agarrar algo del suelo.

El muchacho sacó la regla métrica del bolsillo y tomó con toda exactitud, las dimensiones de aquella huella. Recordó, entonces que el labrador Walters llevaba botas con suelas claveteadas y aquella huella era de una suela enteramente lisa.

—Pudo cambiarse de calzado —murmuró. — Pero si no, suponía que le siguieran las huellas...

De improviso, el muchacho se dió cuenta de la presencia de algo que había escapado a su atención y estaba escondido entre la maleza.. Se adelantó y lo sacó de donde estaba escondido. Era un perro, un sabueso, muerto.

—El perro de Blaxall — murmuró Slick Chester. — El que cometió la imprudencia de ladrar.

Dió vuelta al perro muerto. Un terrible golpe en el cráneo había dado cuenta de su vida. Además, el perro había sido golpeado de tal modo que daba lástima verlo.

—¡Qué infamia! — exclamó el muchacho. — El golpe de la cabeza era suficiente para matarlo, pero el matador se ensañó en el animal. Se conoce que estaba con ganas de matar.

Slick Chester tomó en brazos al perro muerto y se dirigió a la cercana casa. Se encontró con el señor Blaxall en el jardín. El hombre no pudo disimular su emoción al ver muerto a su fiel sabueso.

—Sí, es nuestro perro — dijo, contestando a una pregunta de Slick Chester. — Salió esta mañana, muy temprano. Le hemos buscado por todas partes.

—¿Lo oyeron ustedes ladrar? — preguntó Slick Chester.

—No puedo decirlo con exactitud, pues soy un poco sordo — contestó Blaxall. — Pero Boby, como le llamábamos, ladraba siempre, a conocidos y desconocidos.

El muchacho hizo algunas preguntas más, confirmando la sospecha que ya se había formado en su mente. Se dirigió entonces a la casita donde Coldwyn Dane lo estaba esperando.

—Hubo un ladrido — se dijo. — La señora de Walters lo oyó pero Blaxall no. Supongo que el hombre, objeto del ladrido, conocía al perro y suponía que no iba a ladrarle. Esto era lo que no le convenía. Pero el perro ladró y eso le costó la vida.

Slick Chester regresó a la casita de Byfield en el momento en que el panadero de la aldea era interrogado por el inspector de policía.

—Sí, señor, eran exactamente las ocho y cuarto cuando llegué a esta casa — decía el panadero. — El señor Franks abrió la puerta, de lo que me alegré, pues no estaba en buenos términos con el señor Byfield. Pero casi nadie estaba en buena armonía con ese señor.

—¿A qué vino usted? — preguntó el inspector.

—Lo cierto es que yo quería que me pagaran la cuenta pendiente — manifestó el panadero. — Me debían quince días y el señor Franks es buen pagador.

—¿Pagó usted la cuenta, señor Franks? — preguntó Coldwyn Dane.

—No, señor Dane — respondió Franks. —La pagó Ted.

—Usted tuvo que llamarlo, pues estaría en la cocina, preparándose los hongos para el desayuno, ¿no es así? — preguntó Slick Chester.

Franks suspiró.

—Supongo que todo ha de saberse ahora — dijo como de mala gana. — La verdad es que Byfield era pillo en cuestión de dinero. No quisiera decirlo, pero siempre me daba disgustos. Le di el dinero para pagar el pan, hace unos días y me dijo que había cancelado la cuenta. Pero no la pagó. Por eso se la hice pagar esta mañana.

—¿Qué le dijo Byfield, panadero? —preguntó el inspector.

—Nada, señor. Era un hombre muy seco. Me dió el dinero y cerró la puerta.

—¿Y usted esperó en la cocina, señor Franks? — preguntó Slick Chester.—¿Miró los hongos que se estaban cociendo?

—No les dirigí ni una sola mirada, en verdad — contestó. — Odio el olor de los hongos. Salí inmediatamente.

Slick lanzó un grito de sorpresa y de contento

—Eso es verdad, — dijo el panadero. — Cuando me alejaba con el dinero vi al señor Franks plantando unos bulbos en el jardín, le di los buenos días y las gracias.

Evidentemente, eso completaba la explicación.

Silenciosa y cautelosamente, Slick Chester salió de la habitación. Mientras daba la vuelta a la casita vió una ventana abierta y miró por ella. Era aquel el dormitorio de Franks, a juzgar por la buena clase de la ropa que allí había. El perro que le había ladrado al cartero estaba en la habitación.

En cuanto vió al perro, una idea acudió, a la mente del muchacho.

—¡Ven acá, pichicho! ¡Ven! — llamó Slick Chester. Después gruñó amenazador y rascó con los pies el pedregullo del camino.

El perro ladró y dió saltos. Hizo desesperados esfuerzos por salir por la ventana. El muchacho esperaba, para ver qué pasaba y una vez más hizo ruido en el pedregullo para excitar al perro. Una y otra vez saltó el perro hacia la ventana, pero no pudo trasponerla.

Entonces, después de guiñar un ojo significativamente, Slick Chester se alejó.

—No pudo saltar por la ventana antes de las ocho, como Franks asegura que lo hizo — fué lo que sacó en consecuencia.— Franks lo sabe también. Por eso encerró al perro en el cuarto y no se ocupó más de la ventana. ¿Cómo salió el perro por la mañana y por qué está encerrado en el dormitorio?

Slick Chester paseó rápidamente, por el jardín, pensando. La sospecha se acrecentaba en su mente y, de pronto, se le presentó con toda claridad.

Recordó la manifestación del panadero diciendo que había visto a Franks plantando unos bulbos, cuando, al pasar, miró hacia el jardín.

El muchacho salió al camino y se puso en el sitio donde era de suponer que estuvo el panadero. Regresó luego al jardín. Encontró muy pronto y con gran satisfacción, el sitio donde la tierra había sido removida.

Al instante, oculto tras unos arbustos, el joven empezó a remover la tierra con las manos. Tocó algo crujiente, lo sacó y resultó ser una bolsa de papel. Miró hacia su interior. El corazón del muchacho estuvo a punto de detener sus latidos.

La bolsa de papel contenía seis grandes hongos, frescos y relucientes, con aspecto de haber sido hervidos sólo unos minutos.

EL MISTERIOSO SEÑOR X

—Franks — dijo la voz de Coldwyn Dane mientras los ladridos de un perro llenaban toda la casita. — Ese animal me parece demasiado peligroso. ¿No sería mejor tenerlo fuera de la casa, sujeto con una cadena, para que avise cuando alguien llega?

Franks acudió al sitio donde estaba Coldwyn Dane, dando muestras ostensibles de la gran nerviosidad que le causaba el oír los ladridos del perro. El detective fingía con tal perfección que Franks tomó al perro por el collar. El dueño de casa no pudo darse cuenta de que el detective tenía una habilidad particular para calmar a toda clase de perros, por fieros que fueran. Tampoco sabía Franks que Coldwyn Dane y Slick Chester habían tenido una breve conversación y que aquella escena era su consecuencia.

—Dejé el perro encerrado, señor Dane — dijo Franks. — Estaba en mi dormitorio.

—No sé dónde estaba el perro — replicó Coldwyn Dane.—Andaba buscando papel y pluma y el perro salió por una puerta y se me echó encima. El inspector ha regresado y deseamos hacer algunas anotaciones. ¿Quiere usted venir con nosotros a la sala?

—Con mucho gusto — dijo Franks. — Pero antes le pondré la cadena al perro y lo ataré, para que no moleste más.

Minutos después entró Franks en la sala y suspiró con satisfacción al ver que el detective y el inspector estaban sentados y estudiando unos papeles.

—Bien, señores — dijo Franks con voz no muy segura. — ¿Pueden comunicarme el resultado de sus investigaciones? A causa de la muerte del pobre Byfield quedo en muy difícil situnción económica, pero no me quejo por eso.

Coldwyn Dane levantó la cabeza y le miró a la cara.

—¿Queda usted arruinado, señor Franks? — preguntó. — ¿Sus inventos no le producen nada?

—Absolutamente nada —contestó aquél.

—Eso es muy serio, — murmuró Coldwyn Dane, a quien el inspector miró con extrañeza. — Esta tragedia, impresionante como ha sido, tiene que haber resultado beneficiosa para usted en otros sentidos.



Por más que Slick lo provocó varias veces, el perro no pudo saltar

Franks respiró profundamente y fijó su mirada en el rostro del famoso detective.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Bien, señor Franks. Conozco los detalles de su contrato con su socio, — explicó Coldwyn Dane. — Lo he hallado entre los papeles de Byfield. El debía recibir el setenta y cinco por ciento de las utilidades de toda invención realizada mientras que a usted le correspondía el veinticinco por ciento, por facilitar el capital para su preparación.

Franks apretó los dientes y contestó afirmativamente.

—Eso es cierto — dijo. — Pero hasta ahora no se ha podido realizar ninguna invención.

El inspector golpeó con el lápiz, en la mesa, bastante impaciente.

—No sé, señor Dane — dijo — por qué hemos de hablar de puntos que deben carecer de interés para nosotros.

Se oyó llamar a la puerta antes de que el detective pudiera replicar y entró Slick Chester con una pequeña valija en la mano.

—¿Te vas, Slick? — le preguntó Coldwyn Dane.

—Muy pronto, señor — contestó el muchacho. — Pero antes de marcharme quiero ver si puedo incluir a una persona más, en este caso.

—¿Otra persona? — exclamó el inspector. — Haría usted bien en explicarse, muchacho.

—Me explicaré — accedió Slick Chester. — En eso es en lo que el señor Franks podrá, probablemente, auxiliarnos. Nos dirá, por ejemplo, si tiene la costumbre de alojar en su casa a alguna persona cuyo nombre no ha sido mencionado todavía. Le llamaremos "el señor X", si les parece.

Franks miró al muchacho durante unos segundos y luego movió la cabeza negativamente.

—No he ocultado nada, — declaró. — Si ustedes se imaginan...

—Escuche usted y le diré la razón por la cual deseo hallar al "señor X" — le interrumpió el muchacho. — Hace dos meses, el "señor X" se interesó mucho en estudiar en la enciclopedia que hay en esta casa, todo lo relativo a los hongos venenosos. Leyó de noche, a la luz de una vela, para no molestar a nadie. Dejó una mancha de estearina en la página, mientras copiaba los detalles.

—¡No sé nada de eso! — dijo el asombrado inspector.

—Precisamente. Por eso lo cuento — dijo Slick Chester. — El "señor X" deseaba saber si el veneno de los hongos era realmente eficaz y por eso hizo la prueba en el perro. Por eso murió Tigre. Pero el sobre dejado como señal en la página del libro fué lo que más auxilió. Está dirigido a Ted Byfield, pero eso no indica mucho. Es sabido que nunca contestaba las cartas que recibía por que estaba muy ocupado con sus experimentos. Pero la fecha del sello del correo indica que el sobre fué puesto en el libro poco antes de la muerte del perro.

—Pero... — quiso empezar el inspector.

—El "señor X" estuvo aquí, de nuevo, anoche —prosiguió Slick Chester con toda calma. — Durmió en la casa. Esta mañana se levantó temprano y abrió la puerta del frente. Entonces fué cuando salió el perro, el perro que no puede saltar por la ventana por más que lo intente. Entonces, el "señor X" fué a un bosque cercano, donde crecen hongos venenosos, y recogió una media docena. Lo asombroso del caso es que llevaba botines iguales a los del señor Franks.

Franks se puso de pie.

—¿Como se atreve usted a decir tales cosas? — gritó. — ¿Se da cuenta de que me está acusando?

—Calma, Franks — intervino Coldwyn Dane. — Slick tiene pruebas de la verdad de todo lo que dice.

—Sí. Y ahora voy a decir mucho más — manifestó el muchacho. — Al hombre que recogió los hongos venenosos lo vió el sabueso de Blaxall. Le saltó encima. Lo mató. No contentó con matarlo, lo destrozó horriblemente, temeroso tal vez de que lo reconocieran, a pesar de su mameluco de mecánico y su gorra.

Franks, de pie, parecía una estatua.

—¿Mameluco y gorra? — dijo el inspector. — Es la primera vez...

—Lo tengo en la valija — dijo Slick Chester, poniendo la valija en la mesa.— Acabo de encontrarlos debajo de la cama de Franks. No tuvo tiempo para esconderlo en otra parte y por eso dejó al perro de guardia, para que no entrara nadie. La señora de Walters lo vió con el mameluco y la gorra, pero desde lejos y no pudo reconocer el rostro.

Un sacudimiento convulsivo agitó a Franks.

—¡Me acusa usted de homicidio! — exclamó.

Slick Chester se irguió.

—Es usted un homicida de sangre fría, calculador y solapado —dijo en tono imperioso. — Usted pensó el envenenamiento durante algunos meses, Franks. Primero probó con el perro. Esta mañana, disfrazado, fué en busca de los hongos venenosos, procurando que recayera la culpa en el labrador Walters. Esperó la oportunidad y envió a Byfield a pagar al panadero. En pocos segundos sacó los hongos buenos y puso los venenosos. Byfield no lo sospechó, por cierto. Usted creyó que tenía una buena coartada porque lo vieron en seguida, en el jardín. Pero se equivocó y aquí están los hongos buenos, que enterró como si fueran bulbos.

Con ademán dramático, Slick Chester mostró la bolsa de papel con los hongos.

Un agudo grito de terror brotó de los labios del envenenador. Dane saltó hacia él con la rapidez de un tigre, pero llegó tarde. Franks se había retirado a un rincón de la sala y empuñaba una pistola automática.

—¡Levanten las manos! — gritó. —¡Todos! Creí haberlo combinado bien. No supuse nunca que no lo creyeran un accidente casual. La invención de Byfield es maravillosa y he hecho una fortuna vendiéndola para el extranjero. Pero ahora está ya perdida... Perdida para todos. Su descubrimiento... ¡Ah! ¡No!

Estas dos últimas palabras fueron dirigidas a Slick Chester que se había arrojado hacia el suelo para agarrarlo de las piernas. Pero antes de que pudiera hacerlo dió vuelta la pistola automática. En la salita resonó una detonación.

—¡Se mató! — dijo el inspector con voz ronca.

Franks se había suicidado. Rápidamente había vuelto el arma y se había matado, prefiriendo darse muerte a ser ejecutado por mano de la ley.

FIN

























¿QUÉ TAL VA ESA COLECCIÓN DE ESTAMPILLAS, PIBES? AQUÍ TIENEN OTRA PARA PEGARLA EN EL ÁLBUM CÓMICO. CADA UNO DEBE TRATAR DE SUPERAR A LOS DEMÁS EN NÚMERO DE ESTAMPILLAS. PARA LLEGAR A SER CAMPEONES EN COSAS DE MAYORES, NO HAY NADA MEJOR QUE ACOSTUMBRARSE A LAS VICTORIAS DESDE CHICOS



JIMMY MURPHY

BREVES TRAGEDIAS DE LA VIDA MODERNA

por JIMMY MURPHY

¡EDICIÓN EXTRA!

MOÑITO TOMARÁ PARTE EN EL GRAN PREMIO NACIONAL PERRUNO. LOS PERROS INSCRIPTOS SON CATORCE, DE LOS CUALES EL QUE MENOS CORRE ES UN RAYO.

¿CUÁL GANARÁ LOS VEINTICINCO MIL PESOS?

ELIJA USTED SU CANDIDATO.

MOÑITO
CANTIMPLORA
BOLITA
PASTENAGA
RITINTÍN
CASCABELITO
SARTENAZO
FLOR DE LOTO
BALÍN
FIDEO FINO
JUAN CUELLO
FANFARRÓN
BARRILETE
BOTARROTA

TODOS TIENEN LA MISMA CHANCE

¡QUÉ LINDO SI MOÑITO GANARA LA CARRERA!
¡CUÁNTOS VESTIDOS TE VAS A PODER COMPRAR CON VEINTICINCO MIL PESOS, ROSALINDA..!
MOÑITO ES UN PERRO COMPRENSIVO Y HARÁ TODO LO POSIBLE POR GANAR.





















MOÑITO

ES UN PERRO HUMILDE, Y POR ELLO CONQUISTA NUESTRA SIMPATÍA. IGUALMENTE SOMOS PARTIDARIOS DE TIMOTEO Y ROSALINDA.

VEAMOS

TODAS LAS SEMANAS ESTA PÁGINA, PARA SABER QUE SUERTE LOS ACOMPAÑA EN LA GRAN CARRERA.

LOS VIAJES DE PICA A TRAVES DEL MUNDO por Blosser

MIRA QUE COCHE PARA EL DIARIO; DEBE COSTAR UNA PONCHADA DE MANGOS.
Y QUE SECANTE ES. HACE DOS HORAS QUE ESTA CHARLANDO CON EL BOTON Y TODAVIA NO SE VA
ALGUN DIA, CUANDO ESTE FRANCO, PODREMOS IR AL TIGRE A BAÑARNOS
SERIA UN PROGRAMON FORMIDABLE!
¡POR FIN SE FUE! DEJAME QUE LE HABLE YO.
BUENO
DIGA, DON ¿QUIEN ES ESE TIPO? ¿COMO SE LLAMA? ¿DE DONDE VIENE? ¿QUE DICE?
¿ES RICO?
¿ESE QUE ESTABA HABLANDO CONMIGO? ¡EL SEÑOR FARBAR! UN CAPITALISTA RETIRADO, Y SOBRE TODO, UN GRAN MUCHACHO!
¡NO LE DIJISTE NADA DE LOS BILLETES DE CIEN PESOS, OTARIO!
CALLATE LA BOCA, GIL ¡YO SE LO QUE HAGO!

PITUCO EL DESOCUPADO por Crane





FILILA por Brinkerhoff

¡ QUE
VIVA EL
CARNAVAL !

CHILICOTE Y CINCOGUITAS por Bruce Barr











BRUCE BARR

TUCUTA por J. Carver Pusey

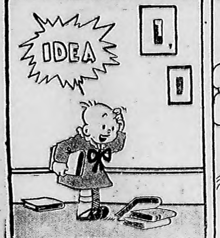








EL PIBE SE SENTIA ESCRITOR por T. Night











PARA CALENTARSE LA CABEZA

El objeto de esta sección es proporcionar entretenimiento grato a los pibes. Sus problemas son sencillos y tratan de ser interesantes. Las explicaciones y soluciones se publican en el mismo número teniendo en cuenta la natural impaciencia del piberío al que no estaría bien hacerle esperar, ni siquiera un día, para enterarse de si ha dado o no con la solución de cada problema o de cada juego. Bueno es "calentarse la cabeza" un poco, pero sin excesos.

CURIOSO CUADRADO DE NUMEROS

Para preocuparse un momento y entretenerse, ejercitándose a la vez en algo parecido a la aritmética, pero en forma mucho más agradable que las lecciones de la maestra que, por suerte para el piberío, está ahora de vacaciones, ofrecemos al margen un interesante p u z z l e formado por un cuadro, que tiene algunos números en unos cuadraditos, mientras los demás están enteramente en blanco. El puzzle consiste en la siguiente pregunta: ¿Puede Vd. completar el cuadro de modo que las líneas horizontales, verticales y diagonales, den, en todos los casos, 505 como resultado, una vez sumados los números de todos los cuadritos que forman estas líneas? Más abajo va el resultado. Pero no lo miren antes de haber tratado ustedes mismos de encontralo. Hay que calentarse un poco la cabeza.

91	2	3	97	6	95	94	8	9	100
20				16	15				81
21				25	26				30
60				66	65				41
50	49	48	57	55	56	54	43	42	51
61	59	58	47	45	46	44	53	52	40
31				35	36				70
80				75	76				71
90				86	85				11
1	99	98	4	96	5	7	93	92	10

ALGUNOS JUEGOS ENTRETENIDOS

EL BUZO MISTERIOSO

Para realizar este curioso juguete es necesario procurarse un frasco de vidrio blanco y que tenga la boca lo más ancha posible. Luego hay que hacer un muñeco de madera, como el que se ve en el dibujo, de tamaño que pueda caber por el gollete del frasco. Después se llena el frasco con agua, se echa dentro el muñeco, que quedará como se ve en el dibujo y se pondrá el tapón. Cuando usted apriete mucho el tapón, el muñequito se hundirá. Cuando afloje el tapón, el muñeco se acercará a la superficie. Es necesario que el frasco esté lleno hasta arriba, que tenga todo el agua que quepa.



TENNIS DE CASA DE FAMILIA

Este es un jueguito para entretenerse en cualquier época del año y especialmente los días de mucho sol, durante las horas en que no es conveniente que chicas y chicos correteen con la probabilidad de pescar el que llaman "cosp de chaleur", en forma moderna, y que antes llamaban pura y sencillamente "tabardillo", sin recurrir a idiomas extranjeros. Se toman, para hacer este tennis a domicilio, unas seis "hueveras", de esas de poner huevos pasados por agua, o seis aros de servilleta. Se pueden poner copas o vasos, pero hay peligro de romperlos. Con una pelota de celuloide, del tamaño de una bola de golf, ha de tirar cada jugador, pero haciendo que la pelota pegue en la superficie de la mesa antes de entrar en la copa correspondiente. El que primero hace cierto número de tiros acertados es el que gana.



UNA PREGUNTA CONTESTADA

"¿Serías capaz de tomar un lápiz y dibujar en un papel la letra H mayúscula, pero sin levantar el lápiz del papel?" Es de suponer que la persona a quien se le haga esa pregunta conteste negativamente. La letra H mayúscula, se compone de dos trazos verticales y uno horizontal y hay necesidad de levantar el lápiz para trazar este último. No sirve el recurso de repasar la punta del lápiz por las líneas ya trazadas. No está permitido. Pero si el que oye la pregunta está enterado de lo que vamos a decir y ve el dibujito adjunto, podrá hacer lo que se le pida sin la menor dificultad. Para eso será suficiente trazar la H mayúscula con líneas dobles. Nada más sencillo pero, al mismo tiempo, muy raro para quien no esté al tanto de la combinación.

* * *

VEA VD. AHORA LA SOLUCION DEL CURIOSO CUADRADO DE NUMEROS

Como ya es costumbre en esta sección de entretenimiento para los pibes, damos la solución del problema publicado más arriba. Es bueno, para pasar un rato entretenido, tratar de encontrar los números que faltan y han de completar en cada línea horizontal, vertical y diagonal, la suma de 505, pero una vez conseguida la solución, también ha de ser agradable comprobar inmediatamente, comparándola con este cuadro, que se ha acertado debidamente. La aritmética es cosa muy necesaria en la vida y los pibes deben familiarizarse con ella, indudablemente. Perc de estos ejercicios, además de ser ameno y divertido, equivale a muchos y áridos de esos problemas que les calientan la cabeza en la escuela, sin darles diversión alguna.

91	2	3	97	6	95	94	8	9	100
20	82	83	17	16	15	14	88	89	81
21	72	73	74	25	26	27	78	79	30
60	39	38	64	66	65	67	33	32	41
50	49	48	57	55	56	54	43	42	51
61	59	58	47	45	46	44	53	52	40
31	69	68	34	35	36	37	63	62	70
80	22	23	24	75	76	77	28	29	71
90	12	13	87	86	85	84	18	19	11
1	99	98	4	96	5	7	93	92	10